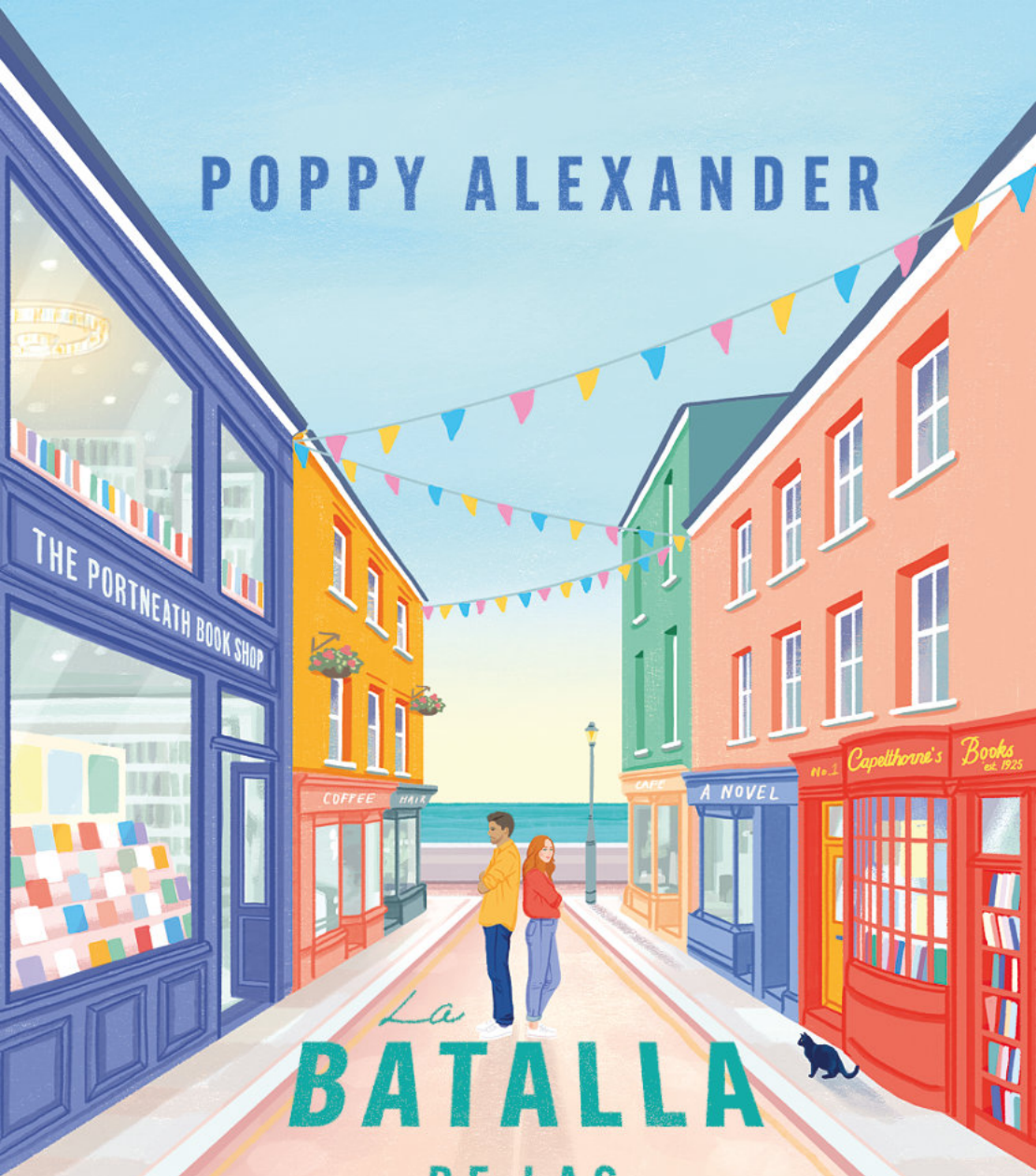
POPPY ALEXANDER



La BATALLA DE LAS LIBRERÍAS

La BATALLA DE LAS LIBRERÍAS

POPPY
ALEXANDER

Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.
Publicado con la autorización de Avon, un sello editorial de HarperCollins Publishers.

Título original: *The Battle of the Bookshops*
Primera edición, septiembre 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-69-2
Depósito Legal: CS 647-2025

© 2025 del texto, Sarah Waights
© de la cubierta, Ploy Siripant / Ediciones Kiwi
© de la ilustración de cubierta, Lauren Mortimer
Traducción, Ana González

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

Técnicamente, su jefa no la había despedido.

Decir, «vuelve a tu escritorio el lunes a las ocho en punto o no vuelvas nunca», estaba a años luz —bueno, a unos centímetros—, de un «estás despedida». Así que, ¿por qué a Jules se le revolvía el estómago cada vez que repasaba la conversación en su mente?

Podía ver las uñas, rojo sangre, de Caroline, tamborileando con impaciencia sobre su enorme escritorio de roble, y una ceja levantada perfectamente delineada, mientras condenaba la petición de Jules de salir una hora antes el viernes, como si fuera un crimen atroz, comparable al genocidio. Bueno, tal vez no un genocidio, pero desde luego al mismo nivel que atreverse a llevarle a Caroline un café con leche templado por la mañana, aunque fuera porque había recogido su ropa de la tintorería de camino.

No, la triste realidad era que la directora editorial Caroline Farquarson —de la pequeña y venerable editorial

independiente Farquarson and Trimble—, no era de las que lanzaban amenazas vacías. Habría una cola de entusiastas aspirantes deseando ocupar el puesto de Jules, si se atrevía a decepcionar una vez más a su exigente jefa. Salir temprano el viernes, antes de la Feria del Libro de Londres, era bastante decepcionante.

Jules lo entendía.

Pero el trabajo —su carrera, si es que podía llamarse así—, no importaba ahora. Lo que importaba era subirse al último tren del día, y salir de Paddington hacia el pequeño pueblo costero de Portneath, en Devon. Aunque eso significara llevarse solo su bolsa de trabajo con el portátil, una chaqueta marrón deslucida, el último cuarto de barra de un pintalabios rojo oscuro, que no le quedaba muy bien, y —gracias a los pequeños milagros—, un cepillo de dientes de repuesto. No llevaba mucho más —ni siquiera un par de bragas—.

No había habido tiempo para volver a su deprimente alojamiento: la habitación más pequeña, en una casa adosada compartida, en la Zona Cuatro, con una cocina minúscula y un baño para los cinco.

Nunca llegó a sentir que ese sitio fuera su hogar.

Su hogar era Portneath.

Sacó su teléfono y volvió a leer ese espeluznante mensaje de su madre:

> Necesito ayuda urgente con la tía Flo.

Vida o muerte.

Date prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Y luego —de nuevo—, Jules repasó todos sus mensajes ignorados, cada vez más desesperados.

Su último mensaje —también sin respuesta—, confirmaba que iba en camino, llegada estimada a medianoche, o poco después.

Estaba claro que su madre había perdido el móvil, lo había apagado o —pensamiento horrible—, estaba tan enfrascada en los últimos momentos de su querida tía Flo que lo había dejado olvidado en alguna ambulancia de Devon.

La idea de llegar demasiado tarde y de perder a la tía Flo... Técnicamente, era la tía abuela Flo, y lo más parecido a una abuela que Jules había tenido jamás.

Se secó una lágrima y luego se cubrió la cara con ambas manos para contener la angustia. Pudo ver su pálido reflejo en el cristal del tren, marcado por la lluvia y la oscuridad del exterior, obligándola a observar su pelo rojo y lacio, cortado hasta los hombros; su nariz chata y su rostro más bien redondo, que la hacía parecer más joven de lo que era; su piel blanca como el alabastro, que se llenaba de pecas, en lugar de broncearse, para su gran frustración, y los restos del pintalabios rojo brillante que se había puesto horas atrás, en un intento por parecer sofisticada. Sus enormes

ojos verdes completaban el aspecto aniñado que tanto la irritaba, a medida que se acercaba a los treinta, por mucho que la tía Flo insistiera en que pronto le parecería un cumplido que le pidieran el carné en los bares.

Se apartó de la ventana, bostezó y se estremeció.

El tren se había vaciado, poco a poco, con el paso de las horas y, cuando por fin llegó a la estación de Portneath, era la única que quedaba en su vagón. Bajó al andén, rígida como una anciana, y avanzó renqueante hacia la salida, detrás de una sola figura: un hombre alto, de hombros anchos y cabello negro, como el ala de un cuervo, con un andar despreocupado, que le resultaba familiar de una forma indefinible.

Cuando Jules consiguió convencer a la barrera automática de que aceptara su billete y la liberara a regañadientes del abrazo de la estación, el hombre ya estaba inclinado, hablando a través de la ventanilla de un solitario taxi; el único en la parada de una explanada desierta.

Mierda... Terry, el taxista, era su única forma de llegar a casa, y ahora ese hombre se lo llevaría. Seguro que iba lejos. Suspiró con profundidad.

El sonido hizo que el hombre se volviera hacia ella, y su suspiro se convirtió en un sobresalto.

Roman Montbeau.

Habían pasado casi quince años...

Jules sintió que se le encendía la cara al recordar la última vez que lo había visto, de pie, con sus amigos ricos y

aristocráticos, en el baile del pueblo, con las manos en los bolsillos, apoyado en la pared, observando la escena con una indiferencia teñida de burla.

Recordaba perfectamente cómo se había reído.

Reído de ella. Y por una buena razón, lo que no lo hizo menos humillante en su momento.

Apartó el recuerdo con un leve movimiento de cabeza y se dio cuenta de que él la miraba, con una sonrisa perezosa dibujándose en la comisura de sus labios.

—¿Qué? —le soltó, cortante.

—He dicho: «¿Quieres que te lleve?».

Al menos no parecía reconocerla.

Por supuesto que no. ¿Por qué iba a recordar aquel momento fugaz, tantos años atrás? Además, ¿por qué iba a recordarla a ella? Una torpe adolescente de dieciséis años, con su primer vestido de adulta, de seda verde botella, con los hombros al aire, demasiado largo y demasiado serio para ella. En realidad, ¿por qué tendría que haberse fijado en ella siquiera, a pesar de haber crecido juntos en Middlemass, pero en mundos completamente distintos?

Se envolvió con su abrigo para protegerse del frío y dio un paso atrás, para evitar un gran charco helado a pocos centímetros de sus pies.

—Esperaré, gracias —indicó con rigidez, apartando la mirada.

—No te lo recomiendo —gritó Terry desde el coche, inclinándose sobre el asiento del copiloto para mirarla—.

Ahora empiezan las recogidas del *pub*, y después las discotecas. Estoy ocupado hasta las dos de la mañana... Es viernes por la noche, ¿no, querida?

—Ya lo has oído —le dijo Roman, sosteniendo la puerta trasera del coche abierta y haciendo una pequeña reverencia—. Tiraría mi abrigo sobre el charco y todo eso —añadió—, pero acabo de sacarlo de la tintorería, así que... ¿te importa si no lo hago? ¿Adónde vas, por cierto?

Realmente no la reconocía, se dijo, aliviada.

—A Middlemass —murmuró, evitando el contacto visual.

—Perfecto. Yo también. ¿Quieres concretar un poco más?

—Delante del *pub* está bien —soltó con brusquedad.

No iba a darle su dirección, si podía evitarlo.

Por suerte, tampoco creía que Terry la reconociera: apenas había estado en casa en los últimos diez años.

Rodeando a Roman y su puerta abierta, aferrando el bolso contra el pecho, subió al asiento del copiloto, en lugar de sentarse atrás. Le lanzó a Terry una mirada de agradecimiento, al mismo tiempo que intentaba congelar la familiaridad de Roman con una mirada fría. Fue una maniobra complicada y, muy probablemente, solo logró parecer una loca.

Evaluando a sus dos pasajeros, el taxista suspiró y negó con la cabeza, como si estuviera perplejo —y eternamente decepcionado—, por las maneras del ser humano.

—Muy bien, allá vamos —dijo, arrancando el motor.

Ya acomodada en el coche, con la calefacción a tope, los temblores de Jules comenzaron a calmarse gracias al acogedor calor.

Ya habían salido del pueblo, recorriendo caminos estrechos, con los faros iluminando los altos setos que se alzaban a ambos lados.

Miraba fijamente hacia delante, incómoda, consciente de que Roman iba sentado detrás; imaginando sus ojos azul ártico clavados en la parte trasera de su cabeza. Pero luego pensó: ¿por qué lo haría? Él, un Montbeau, de una familia que se consideraba dueña de su diminuto universo devoniano, ¿por qué habría de prestarle atención a ella, una don nadie desaliñada, una simple Capelthorne?

No, ese encanto despreocupado, con un leve tinte de burla... era su configuración por defecto. Lo sabía, porque lo recordaba, a él y a sus compinches, demasiado bien. Siempre parecían insoportablemente seguros de sí mismos, y esa noche no fue diferente. Estaban allí, juntos —el grupo de siempre, con sus ropas caras pero informales de Jack Wills y Abercrombie—, bebiendo cerveza de botella y burlándose de todo. Siempre llevaban Marlboro rojos colgando del labio inferior, con los ojos entornados contra el humo, en esa época —años atrás— en la que fumar todavía parecía rebelde, en lugar de sencillamente estúpido. En el epicentro del grupo *cool* estaba Roman, flanqueado, como siempre, por su inseparable Gabriel y los apuestos

hermanos irlandeses, Finn y Ciaran. Todos ellos tan inalcanzables como las estrellas de cine que ella y sus amigas adoraban.

Pero había sido Roman —lo recordaba—, no los Toms Hiddlestone ni Hardy, quien había protagonizado su enamoramiento adolescente más absurdo y desesperado.

Así que, había sido una completa idiotez querer impresionarlo.

Una punzada de ese anhelo adolescente, exquisitamente doloroso, regresó al recordar aquel momento tan humillante, haciendo que su corazón se acelerara y su rostro se encendiera.

Al volver del baño, había caminado de forma altiva frente a ellos —tan exageradamente arreglada al lado de sus sudaderas y vaqueros del tono justo de azul—. Si al menos su frágil ego de dieciséis años hubiera recibido, aunque fuera un momento de aprobación por parte de ellos... Incluso un silbido habría servido como validación. En cambio, hubo una odiosa carcajada, y luego otra, cuando Freya —la querida y leal Freya—, señaló con urgencia su pie. Bajó la mirada y vio el trozo de papel higiénico pegado a su talón. Se le encendieron las mejillas como brasas. Se quedó congelada durante varios minutos y luego —derrotada—, se fue a casa a llorar lágrimas calientes de mortificación.

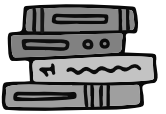
Durante meses, incluso años después, aquel recuerdo le hacía enrojecer de vergüenza cada vez que lo revivía.

Al menos había sido una bendición que Roman se marchara de Portneath poco después, rumbo —según había oído—, a una de esas universidades elegantes de la Ivy League en EE. UU. Porque eso era lo que hacían los chicos de la familia Montbeau.

Y ahora estaba de vuelta.

Estupendo.

Justo lo que necesitaba: más complicaciones. Como si le hicieran falta. Porque nada bueno salía jamás de que una Capelthorne tuviera algo que ver con un Montbeau.



Tras un tiempo interminable, que en realidad solo fueron diez minutos, se detuvieron frente al *pub*.

Metió su último billete de diez libras en la mano de Terry —decidida a no deberle el viaje al enemigo—, y se bajó del coche.

Este se alejó de inmediato, y el arco de los faros iluminó brevemente la fachada encalada del Middlemass Arms, ya cerrado y con las contraventanas echadas.

En apenas unos segundos, se quedó temblando y sola en la oscuridad. Incluso las pocas farolas del pueblo estaban ya apagadas, lo que significaba que debía de ser pasada la medianoche.

De pronto, le asaltó un pensamiento: su madre podría no estar en casa.

¡Claro! Se dio cuenta de que era probable que estuviera con la tía Flo, esperando su último aliento. Quizás incluso en el hospital de Portneath, el pueblecito que acababa de dejar atrás..., y acababa de hacer que la dejaran varios kilómetros más allá, en su pueblo natal de Middlemass.

Idiota. Todo era culpa de Roman. En cuanto lo vio, todos sus pensamientos sensatos desaparecieron de su cabeza.

Maldita sea, ¿por qué su madre no podía contestar el teléfono?

Emprendió el camino por el estrecho sendero lleno de baches que llevaba a la casita de su madre —su hogar de la infancia—, con la esperanza de que la llave de repuesto siguiera estando bajo la rana de piedra junto al umbral.

Agotando los últimos restos de batería de su móvil, usó la linterna para alumbrar el camino. Criaturas nocturnas salían disparadas del haz de luz y se escabullían entre los matorrales con ruidos de hojas secas.

Suspiró aliviada al acercarse a la pequeña casa, orientada de lado hacia el camino polvoriento, con su techo de paja de aleros bajos y sus muros encalados de adobe. Incluso a varios metros de distancia, podía ver el resplandor de una lámpara a través de la ventana de la planta baja, con cristales enrejados.

Al asomarse, observó que en la chimenea había fuego,

combatiendo el frío de la noche de marzo, y que la lámpara, junto al sofá amarillo, mullido y ajado, también estaba encendida. A pesar de estas señales alentadoras, la sala estaba vacía.

Bajó con cuidado por el camino de losas hacia la puerta trasera, la que todo el mundo utilizaba. No podía recordar que se hubiera abierto la puerta principal en los veinticinco años que su madre llevaba alquilando esa casa; prácticamente toda su vida... —Gamekeeper's Cottage era el único hogar que recordaba—. Miró por la ventana junto a la puerta trasera, y soltó un suspiro de alivio al ver a la mismísima tía Flo.

Era evidente que los rumores sobre su muerte eran muy exagerados.

La anciana estaba sentada en la mecedora frente al Aga, con una pierna —enyesada—, apoyada sobre una silla de madera dura.

—¡Tía Flo! —exclamó al probar la puerta, que estaba sin cerrar. Entró de golpe, casi cayéndose al suelo—. Pensaba que estabas en tu lecho de muerte. —Dejó caer su bolso al suelo y fue a abrazar a la anciana, aspirando su reconfortante y familiar aroma a geranios y rosas.

Enderezándose, miró a su tía.

No solo tenía la pierna escayolada, sino que también uno de los brazos hasta el codo, y su habitual moño gris, normalmente bien estirado, estaba ahora despeinado y mal hecho, con mechones sueltos sobresaliendo en todas direcciones.

—Pero ¿qué demonios te ha pasado?

—Bah, demasiado aburrido para contarlo —dijo Flo, agitando el brazo sano con desdén—. Torpeza. Gravedad. Pero no hablemos de mí, ¿cómo estás tú, mi niña?

—Bien, bien —respondió Jules con impaciencia, arrastrando una de las sillas de madera por el suelo de baldosas hasta acercarse más a su tía, y dejándose caer en ella, aliviada, a continuación. Había sido un día larguísimo—. Mamá me ha enviado mensajes diciendo que viniera corriendo antes de que fuera demasiado tarde. «Vida o muerte», han sido sus palabras...

—¡Ja! Ya sabes cómo es tu madre —explicó, poniendo los ojos en blanco—. Siempre tan dramática.

—La dramática eres tú —replicó la madre de Jules, Maggie, apareciendo desde la oscuridad del pasillo—. Has llegado —observó, constatando lo obvio, mientras madre e hija se daban un abrazo distante y automático, con los cuerpos a una prudente distancia de tres dedos.

—He venido porque me dijiste que lo hiciera —respondió Jules, con un tono de reproche—. Dijiste que la tía Flo estaba a punto de morir.

—Olvídate de ella —se quejó Maggie—. La que está a punto de morir soy yo, de tanto correr de un lado a otro —continuó, llevándose el dorso de la mano a la frente con actitud melodramática—. Me estoy dejando la piel, cocinando, limpiando...

Jules dirigió una mirada significativa a los restos de la

cena sobre la mesa de la cocina: dos platos manchados con sobras de judías con tostadas. No era precisamente el Manoir aux Quat'Saisons. Eso sí, había pruebas de que la cena había sido acompañada por al menos un par de copas de vino tinto cada una.

Maggie cogió la botella de la mesa y la agitó, tanteándola.

—Voy a traer otra de estas —señaló con tono ausente, alejándose hacia el pasillo—. Supongo que te vendrá bien una copa después del viaje...

—No, gracias —empezó a decirle a la figura que ya se perdía de vista, pero Flo, agarrándole la muñeca, detuvo su protesta.

—Tu madre me está volviendo loca —susurró—. Tienes que sacarme de aquí, antes de que nos matemos.

—¿Cómo? —protestó Jules, también en un susurro—. ¡Ni siquiera tengo coche!

—Autobús, taxi... Lo que sea —insistió Flo, con los ojos suplicantes—. Necesito que me ayudes. La librería ha estado cerrada una semana, mientras estoy atrapada aquí, siendo condescendida o ignorada por tu madre, a partes iguales. Dice que ha ido a alimentar a Merlin, pero no estoy segura de creerle. Siempre ha odiado a ese gato. Además, no puedo permitirme perder la temporada de Pascua. Si no abro la tienda pronto, no la abriré nunca. Jamás.

—¿No estarás exagerando? —protestó Jules, con tono conciliador.

Seguro que su tía abuela estaba aprovechando la oportunidad para hacerse la dramática. No podía ser tan grave... ¿O sí?

—Sí que lo es —insistió la tía Flo, como si Jules hubiera dicho sus pensamientos en voz alta—. Nunca ha estado peor..., y aquí estoy, atrapada... No me quitarán estos malditos yesos durante al menos cinco semanas más, y dicen que mi pierna tardará meses en recuperarse. Es un desastre. Mira —rogó—, llévame de vuelta a la tienda y ya nos las arreglaremos desde ahí.

—Iré mañana a primera hora y veré cómo está todo —prometió, apoyando la mano en el brazo sano de su tía, con gesto reconfortante—. Pero, con tres pisos de escaleras hasta el apartamento, no veo cómo vas a apañártelas.

La imagen de no estar sentada en su escritorio a las ocho de la mañana del lunes flotó ante sus ojos. ¿Cómo demonios solucionaría todo ese lío en solo un fin de semana?

A su madre, Maggie, pareció ocurrírsele algo mientras volvía a la sala con su botín: otra botella de vino tinto.

—¿Cómo has llegado desde la estación? —preguntó, curiosa.

—En taxi. Te habría pedido que me recogieras, si hubieras contestado el móvil —dijo, con tono acusador, al ver el teléfono de esta, oscuro y sin vida, sobre un montón de publicidad, en un rincón de la mesa de la cocina.

—Estaba ocupada. Se me olvidó cargarlo —admitió su madre, sin una pizca de remordimiento.

Ante el interrogatorio, Jules explicó —con tono desapasionado—, cómo Roman había insistido en compartir el único taxi, y cómo, en una situación desesperada, se había visto obligada a aceptar.

—¡¿Cómo has podido?! —exclamó Maggie, abrazando la botella de vino con indignación—. Ahora estamos en deuda con los Montbeau, ¡de entre toda la gente horrible! Dios mío, qué pesadilla...

—¿Y quién es la dramática ahora? —murmuró Jules. Y luego, en voz más alta—: No te preocupes, he pagado mi parte. Además, estaba claro que no tenía ni idea de quién era yo.

«Bueno, bueno, bueno», pensó Roman. «De todas las estaciones del mundo...».

Sonrió al recordarla, mientras pasaba junto a la imponente fachada de la casa principal de la familia, que se alzaba con toda su elegancia georgiana al final del camino circular de gravilla.

Su destino no era la pesada puerta de roble, entre las columnas del pórtico, sino un pequeño edificio de piedra independiente, apenas unos metros más allá. Antiguamente, había sido la capilla privada de la familia, pero hacía

ya mucho que había sido desacralizada, y Roman se sentía agradecido de haber regresado del frenético ritmo de Nueva York, a la serenidad de su propio espacio.

Además, encontraba más fácil querer a su familia cuando los veía poco.

No había querido regresar.

No fueron las exigencias de su padre, sino las lágrimas de su madre las que lo convencieron.

Podía soportarlo todo, menos eso.

De todos modos, se recordó, su padre tenía razón, por mucho que le doliera admitirlo. Su madre —y sus leales amigos—, lo echaban de menos, y él a ellos, si era sincero. Además, ya era hora de asumir la responsabilidad de tomar las riendas del negocio familiar y prepararse para ser el cabeza de familia algún día.

No solo de *la familia*, sino de *los Montbeau*.

El nombre detrás de generaciones de poder e influencia en ese pequeño rincón de Devon. Así que..., sin presión.

La distribución de la capilla era sencilla: una gran estancia abovedada con suelos de piedra, con la cocina elevada, un par de escalones en un extremo, y una larga mesa de comedor de madera, hecha con tablones de andamio, en el centro de la sala. En el otro extremo, una zona de estar con una alfombra persa gruesa, lámparas cálidas y cojines de pluma en un par de sofás gemelos, flanqueando una estufa de leña.

Esa parte del espacio se volvía más íntima gracias al

techo de madera bajo, creado por la plataforma de descanso de arriba, a la que se accedía por una escalera de caracol de hierro forjado. El antiguo coro se había convertido en un altillo, con poco más que una cama enorme sobre una tarima, con vistas al salón.

Un vestidor y un amplio baño con ducha, escondido tras una pared falsa, completaban el alojamiento: perfecto para una persona. O tal vez un nidito de amor para dos.

Roman había supervisado personalmente los últimos detalles de la reforma, y ahora su única prioridad era aplicar las habilidades empresariales que había perfeccionado en EE. UU. para revertir la decadencia de la fortuna familiar.

Y el trabajo era una distracción bienvenida.

Este le ayudaba a olvidar cuánto había dejado atrás en Nueva York, y cuánta libertad había perdido al verse obligado a regresar.

Pero esa noche, el negocio era lo último que había en su mente, mientras se recostaba frente a la estufa, con la mirada perdida más allá de las llamas. Sostenía un dedo de wiski ahumado en la mano y dejó que su mente vagara...

Sabía exactamente adónde quería ir: a aquella noche. ¿Hace qué? ¿Quince años? ¿Más?

Allí estaba él, con sus amigos, burlándose del baile de pueblo, en la sala comunal, bebiendo cerveza, mirando a las chicas desfilar, ávidas de su atención... Y entonces la vio a ella, caminando con altivez —angelical—, ignorándolo a él y a sus amigos idiotas, con su pelo rojo zorro recogido en lo

alto, y sus hombros color marfil, asomando por aquel vestido verde brillante, ajustado en el corsé y con una falda amplia y esponjosa. Desentonaba con las otras chicas, enfundadas en sus vaqueros ceñidos y pestañas postizas. Era mucho más hermosa. Incluso con aquel trozo de papel higiénico pegado al zapato.

No, ella era diferente.

Y él se había quedado embelesado.

Por supuesto, sabía que era una Capelthorne, así que era un *no rotundo*. Obvio.

Era extraño cómo los recuerdos de aquella noche seguían siendo tan vívidos.

En aquel entonces, tuvo pensamientos descabellados: acercarse a hablar con ella... Y, a lo largo de los años, se preguntó qué habría pasado si lo hubiera hecho.

Pero, para cuando reunió valor, ella ya había desaparecido.

Él se fue a la universidad en Estados Unidos la semana siguiente, y ahora, todos estos años después, él había vuelto.

Y, por lo visto, ella también.

¿Cuáles eran las probabilidades?

Entonces suspiró.

A un romántico empedernido podría parecerle que sus estrellas estaban alineadas... pero él sabía la verdad: no, verla de nuevo aquella noche pudo parecer encantador —incluso predestinado—, pero ahora su prioridad era el negocio.

Negocio y familia eran lo primero.

Tener un lío con una Capelthorne —por tentador que fuera—, iba totalmente en contra de sus objetivos.

Bebió un buen trago, dejando que calentara su interior.

Y, en cualquier caso, cuando se enterara de lo que había hecho, cuando le revelara su último proyecto... La enemistad alcanzaría un nuevo nivel, superando todo lo visto entre las dos familias que habían sido rivales durante los últimos doscientos años.

Sería la guerra.